

GRAN BRETAÑA Y EL CONTINENTE

Al enfrentarse Gran Bretaña con el actual desarrollo del Mercado Común, sus dirigentes se ven obligados a reconsiderar los lazos históricos forjados en el proceso que llevó al Imperio británico a alcanzar la supremacía mundial. Es por esto por lo que el Parlamento ve cómo aumenta su intranquilidad a medida que las negociaciones muestran las dificultades de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común. Por esto los miembros del Parlamento han manifestado claramente en la Cámara de los Comunes que debe realizarse una votación general antes de adoptar una decisión definitiva a este respecto. Puesto que tal decisión afecta nada menos que a su propio ser histórico, el pueblo inglés debe ser directamente consultado en esta difícil alternativa del futuro nacional.

Porque Gran Bretaña puede decidir convertirse en «europea»—uniéndose al Mercado Común—, pero a costa de aflojar—probablemente de deshacer—algunos de los lazos que tradicionalmente han sustentado el edificio de la posición internacional de Gran Bretaña. Además de la tradicional tensión entre sus compromisos continentales y con la Commonwealth, la Gran Bretaña de la postguerra se ha visto ligada por nuevos y fuertes compromisos con la Comunidad Atlántica, las Naciones Unidas y los Estados Unidos—éstos conocidos usualmente en Inglaterra bajo la denominación «special Anglo-american connection» (unión especial anglo-americana). Cada uno de estos compromisos era compatible con el status de Gran Bretaña en cuanto potencia mundial. Al elegir hacerse más europea, Gran Bretaña debe ahora tornarse menos mundial—más comprometido con su identidad europea y menos con sus anteriores y amplias identidades—; éste es el precio impuesto por el floreciente y seguro Mercado Común.

¿Cómo responden los dirigentes de la vida pública británica a este inquietante dilema en que se mezclan su necesidad del Mercado Común y su deseo de figurar en una esfera más amplia? Hasta hace poco se pensaba

en este problema sólo con la idea de «salir del paso»—convencional reticencia del genio inglés que les ha sido de gran utilidad para ejercer influencia simultánea sobre asuntos varios; a menudo de carácter divergente. Ahora, debido a que el Mercado Común es demasiado fuerte y seguro para ser «manejado», éste ha podido constreñir la tradicional preferencia británica por la flexibilidad con una elección forzosa, un dilema disyuntivo entre cuyos extremos los ingleses no pueden ya tener la esperanza de «deslizarse». ¿Qué piensan, en esta situación, los dirigentes de la opinión inglesa?

Afortunadamente, podemos disponer de información que nos permite dejar de lado toda especulación a este respecto. El Instituto de Estudios Europeos, creado conjuntamente en París por la Sorbona y el Centro de Estudios Internacionales (y cuya denominación oficial es «Instituto d'Etudes Européennes»), comenzó sus estudios sobre la integración europea en el mes de septiembre de 1954—dos semanas después de la frustración de la Comunidad Europea de Defensa. Bajo la presidencia del fallecido André Siegfried y el patrocinio de un prestigioso comité, el Instituto de Estudios Europeos pudo montar una lista de personas a entrevistar en la que figuraban descollantes personalidades de Gran Bretaña, Alemania y Francia; en este último país organizó una lista especial compuesta por todos los presidentes del Consejo de Ministros de la IV República con una única excepción*.

Estas prestigiosas personalidades han sido entrevistadas cuatro veces a partir de 1954. Compuestas originariamente por 500 ó más personalidades de cada país, las listas fueron reducidas gradualmente, con el transcurso de los años, a medida que los puntos de vista básicos de los interrogados adquirirían mayor semejanza y los fondos para la investigación disminuían. En 1961, el Instituto volvía a entrevistar a cien personalidades del gobierno, la política, las finanzas, el campo laboral, dedicadas al ejercicio de profesiones liberales o participantes en la vida pública de cada uno de estos tres países. Las respuestas inglesas, que ahora consideraremos, dan una idea de las actitudes en que se encierra el pensamiento británico del momento en relación con las difíciles decisiones que han de ser adoptadas.

La Commonwealth conserva todavía una gran importancia para las mentes inglesas. En las entrevistas que hemos realizado con estos dirigentes—a principios del presente año—les propusimos la siguiente pregunta: «La posición internacional de Gran Bretaña está determinada por ciertas relaciones

* El primer estudio del Instituto, debido a Raymond Aron y Daniel Lerner, se publicó en Francia con el título *La Querelle de la C.E.D.* (1956) y en los Estados Unidos con el de *France Defeats E.D.C.* (New York: Praeger, 1957).

clave como la Commonwealth, la Comunidad Europea, la Alianza Atlántica, las Naciones Unidas y la «special Anglo-american connection», ¿qué importancia tienen, a su entender, estas cinco instituciones para la Gran Bretaña?» Se les pidió que, en sus respuestas, las clasificasen de forma escalonada como muy importantes, bastante importantes o no importantes. El máximo grado de trascendencia se adjudicó a la Commonwealth, a la que únicamente se enfrentó la «unión especial anglo-americana». Ambas fueron consideradas como muy importantes por tres de cada cuatro interrogados. A continuación aparecía la Alianza Atlántica, que fué considerada como muy importante por dos de cada tres respuestas. La Comunidad Europea, y por una gran diferencia, fué postergada a las tres instituciones mencionadas, y sólo alcanzó primacía sobre las Naciones Unidas, clasificadas en último lugar.

A continuación hicimos la siguiente pregunta: «Considerando todos los aspectos, ¿cuál de estas cinco instituciones es en sí misma la más importante para Gran Bretaña?» De nuevo, se otorgó a la Commonwealth la primacía por uno de cada tres interrogados. El fuerte apego a la Commonwealth aquí demostrado minimiza la prioridad relativa de la «special Anglo-american connection», que fué considerada como la más importante por una de cada cinco respuestas, ocupando el segundo lugar. La Alianza Atlántica, la Comunidad Europea y las Naciones Unidas sólo fueron consideradas como las más importantes por uno de cada diez interrogados.

Las diferencias de opinión concuerdan bastante exactamente con las respuestas dadas dos años antes a la misma pregunta por las mismas personas. Sin embargo, es de notar un cambio importante. Cuando se hizo esta pregunta en 1959, sólo una de cada diez personas fué incapaz de responder de forma rotunda. En 1961, únicamente la mitad de las mismas personas interrogadas previamente demostró estar en condiciones de elegir, sin dudar, cuál era la relación que en sí misma debería ser considerada como la más importante.

Esta incertidumbre reapareció cuando tratamos de determinar si la trascendencia atribuida a la Commonwealth estaba basada en una idea comúnmente aceptada de su valor para la Gran Bretaña. ¿Seguían manteniendo estos dirigentes ingleses el punto de vista imperial de que los territorios ultramarinos representan una ventaja económica? ¿O apreciaban la utilidad política de la Commonwealth en cuanto mantenedora de una estrecha asociación con países de diferentes partes del mundo? ¿O existía otra idea generalizada sobre la importancia de la Commonwealth? Para aclarar la pregunta, dijimos: ¿Considera usted que el valor de la Commonwealth es principalmen-

te económico, o político o social, es decir, en cuanto puente de unión entre las razas blanca y de color?

Las respuestas a esta pregunta demostraron que no existía una opinión unánime en los dirigentes ingleses. Indudablemente, aparecieron tres grupos de respuestas radicalmente diferentes que adscribían el principal valor de la Commonwealth—y en orden decreciente—a factores sociales, políticos o económicos. Si el antiguo punto de vista imperial ya no es comúnmente admitido por los dirigentes británicos tampoco ha sido sustituido por un nuevo concepto unánimemente aceptado. Una creciente incertidumbre en cuanto a la importancia de la Commonwealth parece ir acompañada de una incertidumbre creciente sobre cuál sea su verdadero valor.

La significación de estos hallazgos se hace más clara cuando—en otro momento de nuestras entrevistas—enfrentamos a los interrogados ingleses con una hipotética y forzada elección: «Si se presentase la alternativa, ¿sacrificaría la Gran Breaña algunos de sus intereses en la Commonwealth para acrecentar sus intereses europeos?» Algo más de la mitad de las respuestas fueron afirmativas. Interpretamos esto de la siguiente forma: mientras la mayoría de los dirigentes ingleses se opondría a cualquier proposición que supusiera una total ruina de la Commonwealth, esa misma mayoría está dispuesta a debilitar sus lazos tradicionales para reforzar las nuevas relaciones británicas con la Comunidad Europea. Porque, a pesar de la insularidad atribuida a veces a los ingleses, virtualmente no existe hostilidad hacia Europa entre sus dirigentes. La histórica estrategia del «equilibrio de poderes», según la cual se suponía a Inglaterra interesada en mantener el continente en una situación de división y enfrentamiento, pertenece ya al pasado. El presente estado de la situación política mundial hace que, por el contrario, la unidad continental sea considerada como algo deseable.

Esta benévola actitud hacia la integración europea ha aparecido en las respuestas inglesas, y de una forma bastante consistente, desde que, en 1954, comenzamos nuestra investigación. Pero ha ido aumentando de una forma muy acusada con el transcurso de los años. En 1961, cuando preguntamos: ¿Considera usted que la idea de la Comunidad Europea tiene un valor en sí misma?, nueve de cada diez respuestas fueron afirmativas. Además, los dirigentes ingleses están de acuerdo, en mayor grado, en lo referente a su idea específica de la Comunidad Europea de lo que lo están con respecto a la Commonwealth británica. Cuando se les pidió que determinasen cuál era el principal valor de la Comunidad Europea, nuevamente nueve de cada diez

de las respuestas inglesas afirmaron que «desarrollaría efectivamente el potencial económico de la Europa occidental».

Esta imagen se ha fijado en los dirigentes ingleses de una forma más vivida, en los últimos años, por el éxito impresionante del Mercado Común. Es este mismo éxito el que enfrenta a los dirigentes ingleses con la difícil alternativa de unirse o no unirse al Mercado Común. Propusimos directamente este problema a los entrevistados británicos de la siguiente forma: «Algunos dicen que Gran Bretaña no puede permitirse el continuar separada del Mercado Común; otros afirman que Gran Bretaña no puede permitirse el unirse al Mercado Común. En conjunto, ¿qué opinión es la que más se aproxima a su punto de vista?» La opinión predominante se manifestó rotundamente. De diez interrogados, ocho suscribían la afirmación de que Gran Bretaña no podía permitirse el permanecer separada, mientras que solamente uno afirmó que Gran Breaña no podía permitirse la unión al Mercado Común y, finalmente, uno se manifestó indeciso.

La potencialidad del Mercado Común, en opinión de los ingleses, no se vió contrarrestada, en forma apreciable, por la Asociación Europea de Libre Cambio (E. F. T. A.) que Gran Bretaña organizó como contrapeso de la O. E. C. Por el contrario, en 1961, poco más o menos el 90 por 100 de las respuestas inglesas sostuvieron que una continuación del conflicto entre los «Seis» y los «Siete» (nombres por los que se conocía a la O. E. C. y a la E. F. T. A.) tendría efectos perjudiciales, de carácter general, no sólo políticos, sino principalmente económicos. Poco más o menos la misma proporción de respuestas expusieron la idea de que dicho conflicto debía ser resuelto prontamente «mediante la formación de una comunidad económica más amplia».

Los dirigentes ingleses parecen bastante dispuestos a enfrentarse con las consecuencias de este brusco cambio en sus opiniones acerca de las relaciones británicas con el continente. Muchos de ellos están, incluso, dispuestos a asumir la responsabilidad de haber creado la presente y difícil situación. Esto se manifestó cuando les hicimos la siguiente pregunta: «Puesto que el conflicto entre los Seis y los Siete parece centrarse en Gran Bretaña y Francia, ¿qué país, en su opinión, es el principal responsable de la actual situación de división?» Es significativo que una de cada tres respuestas nombraba a Gran Bretaña como principal responsable, porcentaje ligeramente inferior al de las que consideraban a Francia responsable. Esta predisposición a la autocrítica contrasta agudamente con las respuestas dadas a la misma pregunta por los franceses entrevistados, de los que solamente tres con-

sideraron a Francia responsable, mientras que 64 achacaron a Gran Bretaña esta responsabilidad.

Los ingleses no sólo están dispuestos a criticar su propio pasado, sino que están convencidos de que Gran Bretaña tendrá que sufrir graves consecuencias si no rectifica su política. Les preguntamos: «¿Qué país sufrirá más por una continuación del conflicto (entre la O. E. C. y la E. F. T. A.)?» A esta pregunta, tres de cada cuatro entrevistados respondieron que sería Gran Bretaña. (Las respuestas francesas, y poco más o menos en la misma proporción, mostraban también el convencimiento de que Gran Bretaña «sufrirá más»—impresionante muestra de la confianza continental en el Mercado Común.) Los entrevistados ingleses dedujeron las consecuencias de sus puntos de vista cuando se les preguntó: «¿Qué país debe tomar la iniciativa en la búsqueda de una solución?» La respuesta abrumadora—tres de cada cuatro—fué que Gran Bretaña debería tomar dicha iniciativa.

Hay más en estas respuestas que el tradicional e insincero respeto a la honestidad y al juego limpio. Los dirigentes ingleses han reflexionado profundamente sobre la situación y al parecer han llegado a la conclusión, aunque a veces no de muy buen grado, de que la época de la espléndida insularidad pertenece al pasado y que ahora deben «unirse a Europa» en algunos aspectos trascendentales. Esto se evidenció cuando nuestros investigadores les enfrentaron con la siguiente y forzosa alternativa: «¿Debe Gran Bretaña sacrificar algunos de sus intereses en la E. F. T. A. para mejorar sus relaciones con los Seis?» A esta difícil pregunta, dos de cada tres dirigentes ingleses contestaron afirmativamente.

Podemos resumir los hallazgos realizados hasta ahora. En resumidas cuentas, sigue existiendo entre los dirigentes ingleses un profundo sentido de enlace con el único hito que les queda de su grandeza histórica: la Commonwealth. Sin embargo, colocados ante una elección ineludible, están dispuestos a reconocer que el nuevo poder económico del continente ha hecho insostenible su posición de equilibrio. Más de la mitad de ellos afirmaron que Gran Bretaña debería sacrificar algunos de sus intereses en la Commonwealth para desarrollar sus intereses europeos, por ejemplo, en una interpretación restrictiva, cambiando sus ventajas preferenciales en la Commonwealth por otras en el Mercado Común. Por otra parte, están también dispuestos a desmontar la E. F. T. A. (los Siete), la Organización por ellos creada de acuerdo con la tradición inglesa de responder, a cualquier iniciativa de importancia en el continente, mediante la formación de una contra-fuerza rival o divisiva. Cuando dos de cada tres personas entrevistadas conside-

ran que la E. F. T. A. ya no sirve a sus propósitos es claro que la actitud inglesa clásica, respecto al continente, está sufriendo una profunda revisión.

Sin embargo, ¿cómo reaccionarán los dirigentes ingleses cuando la unión europea, sobrepasando el medio económico, alcance el plano político y especialmente el militar? Recordamos que, por encima de su reconocimiento de la importancia del Mercado Común, los dirigentes ingleses comparten la convicción general de que se hallan irrevocablemente comprometidos en el actual sistema de seguridad colectiva, basado en la «special Anglo-american connection» y en la disponibilidad del potencial militar americano a través de la O. T. A. N. Los dirigentes ingleses no debilitarán inconscientemente las bases de su seguridad nacional en nombre de intereses económicos continentales.

Aquí se centra un importante conjunto de problemas con los que Gran Bretaña tendrá que enfrentarse y que habrá de resolver en los años venideros. El Mercado Común, poniendo a Gran Bretaña en una serie de ineludibles disyuntivas, ha obligado a sus dirigentes a reconocer que, para ellos, Europa tiene una mayor importancia económica que la Commonwealth—tanto más grande cuanto que están dispuestos a sacrificar los intereses de la Commonwealth para acrecentar los europeos y también a abandonar su política tradicional de mantener al Continente dividido, incluso desorganizando la E. F. T. A. (los Siete) en favor de una alianza con la O. E. C. ¿Qué ocurrirá, sin embargo, si la O. E. C. somete a Gran Bretaña a ineludibles disyuntivas con respecto a la «special Anglo-american connection» y a la O. T. A. N.? Este problema ha sido ya formulado. Será repetido y enfocado en términos políticos y militares más precisos. Su significado tomará más profundidad cuando los dirigentes ingleses se vean obligados a enfrentarse con aquellas ideas profundamente ambiguas, sobre la «posición de mi país» en el mundo, y que llevan implícitos los sentimientos de cada uno acerca de la ideología e identidad nacionales.

La «unión especial anglo-americana» sería puesta en entredicho por el mero hecho de la adhesión británica a una comunidad continental que no incluyese a los Estados Unidos. Un ejemplo de este tipo de situaciones fué la derrota francesa en la Comunidad Europea de Defensa (E. D. C.) hace siete años. Entonces, y con fuerte apoyo americano, los ingleses salvaron una difícil situación continental mediante su entrada en la formalista Unión Europea occidental (W. E. U.). Pero esto fué una concesión táctica destinada a conseguir el objetivo limitado del rearme alemán dentro del marco de la O. T. A. N.

—y tuvo lugar en un momento en que Europa, todavía débil y «sin recobrase» dependía completamente de los Estados Unidos, económica y militarmente.

En los momentos actuales la situación es muy diferente. El Mercado Común, fuerte y seguro, está muy pagado de sí mismo. Bajo el ímpetu de Francia—activado por la insistencia de De Gaulle en una «fuerza disuasiva» nacional (*la force de frappe*)—la Comunidad Europea está ya empezando a considerar su posición militar y, por consiguiente, su posición política, con relación a los Estados Unidos y a la O. T. A. N. Si De Gaulle persiste, y es muy probable que esto suceda, entonces Alemania puede verse obligada a considerar de nuevo su propia postura respecto a la defensa de la nación—como se ha sugerido en recientes manifestaciones sobre una posible revisión de la prohibición a Alemania de armas «ABC» (atómicas, bacteriológicas y químicas). Estos acontecimientos pueden llevar a los Estados Unidos a reconsiderar, como se ha estado haciendo, la validez permanente de la Ley McMahon en cuanto a prohibición de compartir nuestros conocimientos y arsenal nucleares.

La estrategia psicológica que De Gaulle ha estado llevando a cabo dentro de la alianza occidental coloca a los ingleses bajo un fuego cruzado de consecuencias inciertas. Si De Gaulle persiste lo suficiente en empujar a Alemania hacia la «nuclearización» y en disuadir a los Estados Unidos de armar la O. T. A. N. con Polaris, entonces la base misma de la seguridad británica puede verse seriamente debilitada. Porque la política militar inglesa en la postguerra se ha basado resueltamente en la O. T. A. N. como canal a través del cual opera la garantía americana de la seguridad europea. Fué este compromiso con la O. T. A. N. el que llevó a Gran Bretaña a abandonar su propio programa de proyectiles dirigidos «Blue Streak» («Rayo Azul»). Es poco probable que consideren ahora cualquier «fuerza disuasiva» nacional en el Continente—o cualquier «fuerza de disuasión» europea—como adecuado sustitutivo de la garantía americana de su seguridad a través de la O. T. A. N.

La continuada e incluso creciente confianza de los dirigentes ingleses en la O. T. A. N. se manifestó en su profunda convicción de que ninguna institución europea, de las existentes, era más importante que la O. T. A. N. para la Gran Bretaña. Solamente uno de los entrevistados ingleses consideró al Mercado Común como «más importante que la O. T. A. N.», mientras que 21 franceses defendieron esta idea. En otro momento de la entrevista, les preguntamos: «¿Aprobaría usted la integración de una gran parte de las fuer-

zas armadas británicas (francesas-alemanas) en un ejército permanente y supranacional bajo mando europeo?, ¿y bajo la autoridad de la O. T. A. N.?» Mientras las respuestas francesas daban igual número de votos a ambos mandos, los dirigentes ingleses mostraron su predilección por un mando de la O. T. A. N. en proporción de dos a uno. (Los alemanes prefirieron también el mandato de la O. T. A. N. en la misma proporción de dos a uno.)

No solamente son escépticos los ingleses en cuanto al valor de una comunidad militar europea (de hecho, más de la mitad de los interrogados dijeron «no» a la posibilidad de un mando europeo apuntada en la pregunta precedente), sino que generalmente adoptan un punto de vista más restrictivo en cuanto al fin adecuado a toda institución continental. Cuando preguntamos, a los que preferían una administración multilateral (más que bilateral) de la ayuda económica, si la agencia multilateral debería ser europea, atlántica o de las Naciones Unidas, solamente el 6 por 100 de las respuestas inglesas designaron una agencia europea (mientras que el número de dirigentes franceses que la propugnaron fué cinco veces superior). El mismo ejemplo divergente apareció cuando les preguntamos qué forma de comunidad internacional—europea, atlántica o de las Naciones Unidas—consideraban como más efectiva. La mayoría de los dirigentes ingleses escogieron la atlántica, mientras que una clara mayoría de los dirigentes franceses escogió la europea (el doble de los que se inclinaron por la atlántica).

En parte, esta divergencia refleja apreciaciones completamente diferentes respecto a la fortaleza—actual y posible—de la O. T. A. N. Preguntamos: «¿Es la O. T. A. N., en su actual organización, lo suficientemente fuerte para mantener a raya a los rusos en los cinco próximos años?» Dos de cada tres ingleses respondieron afirmativamente, mientras que menos de la mitad de los entrevistados franceses afirmaron que, si los rusos atacasen en los próximos cinco años, «la O. T. A. N., en su actual organización, sería lo suficientemente fuerte para defender a Occidente».

En medida más amplia, sin embargo, parece que las diferentes actitudes de los dirigentes ingleses y franceses derivan de sus diversas concepciones de lo que es la Comunidad Europea y de lo que debería llegar a ser. Esto fué revelado por nuestro conjunto de preguntas en relación con los valores específicos asociados con la Comunidad. En los tres países, los dirigentes fueron virtualmente unánimes a estar de acuerdo en que la idea de la comunidad es «valiosa en sí misma» y que «desarrollará efectivamente el potencial económico de Europa occidental». Sin embargo, diferían radicalmente en sus respuestas a las siguientes preguntas: «¿Representará un contrapeso político

para la U. R. S. S., ¿para los Estados Unidos?» Alrededor de dos de cada tres franceses respondieron afirmativamente en ambos casos, 25 por 100 más que los ingleses, la mayoría de los cuales mantenían su resistencia escéptica a cualquier sugestión de que la Comunidad Europea fuera concebida como una fuerza política independiente en la palestra mundial. Para los dirigentes ingleses, el Mercado Común es una importante área de comercio, pero nada más que eso—y ciertamente no es un sustitutivo, actual o futuro, del poder político y militar representado por la O. T. A. N. y por la «special Anglo-american connection».

Esta concepción divergente implica futuras dificultades. Cuanto más profundiza Gran Bretaña en sus negociaciones con las potencias continentales, más se dejan fuera de consideración sus diversas concepciones a largo plazo de lo que el Mercado Común es o debería ser, con objeto de facilitar un acuerdo a corto plazo. Pero existe una inquietante conciencia de que franceses e ingleses están lejos de llegar a un acuerdo respecto a los principios básicos. Al fin de nuestra entrevista preguntamos: «¿Cuál de los principales aliados occidentales es más propenso—en razón de su propia política—a impedir u obstaculizar el total desarrollo de una firme política occidental en los asuntos mundiales?» Muy pocas respuestas—en cualquiera de los tres países—designaron a los Estados Unidos y relativamente pocas (incluyendo las inglesas) mencionaron a Alemania. Los franceses, conscientes de que sus iniciativas políticas no han provocado ningún entusiasmo entre sus aliados europeos, mostraron una línea de respuestas curiosamente varia: poco más o menos tantos como los que designaron a Francia culpable fueron los que nombraron a Gran Bretaña y el mayor número (40 por 100) fué incapaz de responder sin ambigüedades. En los otros países no faltó claridad ni consenso—una clara mayoría de ingleses (58 por 100) designaron a Francia y una mayoría incluso superior de alemanes (68 por 100) hicieron lo mismo.

En consecuencia, mientras Gran Bretaña se prepara a entrar en el Mercado Común, da los primeros pasos hacia un nuevo y extraño conjunto de problemas. No es la primera vez que Gran Bretaña y Francia tienen que competir por el liderato europeo ni que, en tal situación, Alemania estreche sus relaciones con Gran Bretaña. Lo que es nuevo es que, en adelante, esta lucha debe tener lugar dentro de y de acuerdo con reglas básicas impuestas por una Comunidad europea integradora. Al someterse a estas normas, Gran Bretaña pondrá fin a una gran época histórica y se embarcará en un nuevo y singular futuro.

Es probable que los Estados Unidos hagan más que «observar con interés» los desarrollos inmanentes de 1962. Como pilar de la O. T. A. N. y fuerte defensor de la Comunidad Europea, la política americana se ve forzada a encontrar las vías y medios de armonizar estos intereses—que tan rápidamente han llegado a ser divergentes y pueden repentinamente convertirse en disgregadores—. Se abren dos principales posibilidades: 1) otorgar a las naciones europeas una participación significativamente mayor en el control político (y posiblemente operacional) sobre, al menos, algunas de las armas nucleares americanas, por ejemplo, Polaris; 2) redefinir y reorganizar la «garantía» americana de la seguridad europea de forma que se descarte la aparente necesidad de «fuerzas disuasivas» nacionales o continentales, especialmente en Francia.

La primera posibilidad, de ser aceptada, supondría mayores riesgos en el campo internacional—porque violaría el código implícitamente aceptado de la guerra fría—, puesto que tanto Washington como el Kremlin evitan distribuir armas nucleares entre sus aliados. El riesgo es que, una vez violado este código, los soviets se verían obligados a adoptar medidas compensatorias en la Europa oriental y posiblemente en China. Frente a una O. T. A. N. «nuclearizada», sería ciertamente más difícil, que hasta ahora, para el Kremlin oponerse a la «nuclearización» del Pacto de Varsovia.

La segunda opción puede ser más arriesgada en la escena política nacional. Algunos políticos americanos arguyen que cualquier posible revitalización de la garantía americana a Europa, en este momento, requeriría nuevos compromisos monetarios, materiales—y *de hombres*—, compromisos que podrían ocasionar una reacción contraria entre los electores americanos. A pesar de tan prudente consejo político, el presidente Kennedy ha dado algunos pasos previos y cautelosos en este sentido. El compromiso adicional de Berlín es, sin embargo, más simbólico que real.

Los nuevos intereses van más allá de Berlín. El futuro de la Alianza Atlántica, así como el de la Comunidad Europea, están en juego, ya que Gran Bretaña, al enfrentarse con las posibilidades impuestas por el Continente, se vuelve hacia la «special Anglo-American connection» en busca de iniciativas. El Continente también mira hacia Washington en busca de una decisión en cuanto a lo que será una O. T. A. N. nuclear o una firme garantía americana. Puede esperarse que el actual Gobierno será lo suficientemente fuerte para convencer a la nación de que merece la pena soportar las cargas de la última posibilidad apuntada con objeto de evitar al mundo (incluidos nosotros) los

graves riesgos que la primera supondría. Es en 1962 cuando hay que tomar una decisión.

EUROPA CAMBIA DE OPINIÓN RESPECTO A AMÉRICA

La valoración europea de la posición de América en la palestra mundial ha tomado un nuevo aspecto en 1961. Es obvio que desde 1945 la seguridad europea se ha basado decididamente en la garantía americana. Lo que es nuevo es la buena voluntad de los dirigentes europeos en reconocer este hecho. Es igualmente obvio que la Europa de 1961—a pesar de su próspera economía, de su estable situación política y de su común sentir ideológico—no es más capaz de defenderse contra un ataque soviético que la Europa empobrecida, inestable y dividida de 1945. Lo que es nuevo es que los dirigentes europeos están dispuestos a reconocer también este hecho. El reconocimiento de estos dos hechos ha motivado un cambio profundo en cuanto a la idea de la posición de Europa en el mundo. De aquí que nuestro estudio sobre la nueva visión de Europa respecto a América comience con algunas indicaciones sobre cómo ven el mundo de hoy y los años venideros las personalidades por nosotros entrevistadas.

VISIÓN DEL PORVENIR

Durante la primera década de la postguerra el pensamiento político europeo estuvo profundamente determinado por las ideas de neutralismo, pacifismo y una especie generalizada de izquierdismo (llamado «gauchisme» en Francia). Este tipo de izquierdismo tomaba expresión no tanto a través de las tradicionales ideologías de partidos de izquierda, organizados y en lucha por el poder, sino principalmente y con mayor fuerza en un difuso sentimiento de oposicionismo a un mundo que ya no les pertenecía. A lo largo de los siglos que conocemos con el nombre de «historia moderna», las naciones europeas habían dirigido el mundo y se habían enfrentado entre ellas para determinar lo que cada una debía poseer. Repentinamente, en 1945, el mundo ya no estaba a su disposición para ser gobernado y dominado por ellas. Los grandes centros de poder mundial se habían trasladado fuera de Europa y se hallaban situados, respectivamente, en Washington y Moscú. Vivir de acuerdo con esta situación es lo que han tenido que aprender en los últimos

dieciséis años estas orgullosas naciones. Lo han aprendido, aunque no fácilmente.

El izquierdismo europeo de la postguerra fué, en gran medida, una manifestación de disgusto por los problemas políticos que no eran europeos. Enfrentadas con la nueva bipolaridad de poderes, y siendo, al parecer, la única opción elegir entre Moscú y Washington, muchos europeos de buena voluntad rehusaron ambas posibilidades. Esta oposición a una elección forzosa impuesta por la realidad política, condujo a muchos europeos a la gran ilusión del neutralismo. Se pensó que Europa, hasta entonces el área más próspera y poderosa de la enorme superficie terrestre, podría de alguna forma mantenerse fuera de un conflicto bipolar cuyos intereses eran globales.

Este deseo de evadirse de un mundo poco agradable revistió dos formas diferentes. Una fué el «pacifismo», expresado en la idea de que «¡si las dos superpotencias desean enfrentarse mutuamente, nosotros, los europeos, nos mantendremos al margen!». La otra versión recibió el nombre de «tercera fuerza»: «¡Construiremos una Europa que será lo suficientemente fuerte para mantener su propia integridad política—hagan lo que hagan las dos superpotencias!». Estas ilusiones murieron totalmente entre 1945 y 1959.

Por ejemplo, incluso en 1956, existía una oposición generalizada en cuanto al reconocimiento de la existencia de la «guerra fría». Cuando preguntamos a las personalidades por nosotros seleccionadas si consideraban los últimos años como de «guerra fría» o de «coexistencia», solamente una de cada cuatro respuestas inglesas y francesas defendieron la primera solución. Un número de respuestas, significativamente mayor, eligió la «coexistencia» o trató de encontrar otra denominación. Con los años, esto ha ido cambiando gradualmente, y en 1961 Europa se muestra dispuesta a enfrentarse al impacto del conflicto bipolar en la palestra mundial.

Una realidad nueva y completamente diferente apareció en nuestra encuesta de 1961, cuando preguntamos: «¿Cómo concibe usted la evolución de la «guerra fría» en los restantes años del presente siglo? ¿Cree usted que los bloques oriental y occidental llegarán a un acuerdo pacífico? ¿O mantendrán su oposición como en los últimos años? ¿O desencadenarán una guerra mundial?» Solamente una fracción insignificante—11 de 300 interrogados—creían que las superpotencias desencadenarían una guerra mundial. Poco más o menos uno de cada tres, en cada país, pensó que se conseguiría un acuerdo pacífico. Una mayoría muy calificada de los que respondieron pensaba, sin embargo, que «el conflicto continuaría manifestándose como en los últimos años». Es obvio que existía una disposición, considerablemente superior

a la de años precedentes, a enfrentarse con el brutal hecho de la «guerra fría».

Aparecía también una mayor disposición a enfrentarse con algunas posibles acciones bélicas de carácter reducido. Preguntamos: «¿Cómo es posible que surja una guerra mundial: por accidente, por extensión de un conflicto limitado, por decisión de los Estados Unidos, de la U. R. S. S. o de una tercera potencia?» Virtualmente, ninguno de los interrogados creía que la guerra pudiera ser desencadenada por los Estados Unidos (solamente seis de más de 300 respuestas apuntaban esta posibilidad). Una fracción de respuestas algo mayor, pero todavía insignificante (20 respuestas) creía que la guerra sería originada por una decisión de la U. R. S. S. Incluso el temor de una guerra desencadenada por la voluntad de una «tercera potencia» no consiguió un mayor crédito (32 respuestas). La gran mayoría—tres de cada cuatro en cada país—pensaba que tal guerra sólo podría desencadenarse accidentalmente o por extensión de un conflicto limitado.

Que se prevean los próximos años como una época de lucha continuada entre Moscú y Washington, aunque sin que se desencadene una contienda mundial, no es muy tranquilizador para los dirigentes europeos; porque consideran que la continuación del conflicto bipolar, en su forma actual, favorecerá a Moscú. Les preguntamos: «En tanto la situación de disuasión mutua limite la actividad militar en las áreas que ambos bandos se disputan, ¿cuál tiene más probabilidades de aumentar su poder e influencia en los asuntos mundiales?» Más de la mitad de los que respondieron en los tres países dijeron: «El Este»; solamente uno de cada cinco interrogados de los tres países dijo: «Occidente». Los restantes no se pronunciaron en ningún sentido respecto a esta pregunta.

Lo mismo ocurrió cuando preguntamos a los dirigentes europeos si «el transcurso del tiempo favorece al Occidente o al Este». Mientras que, de hecho, la mayoría de ellos (excepto en Alemania) creía que el paso del tiempo era favorable al bloque oriental, lo realmente nuevo en sus respuestas (en contraste con el profundo pesimismo de años anteriores) fué que muchos se mostraron escépticos a este respecto o se reservaron su opinión.

Probablemente la aclaración más notable de la posición que consideramos fué la respuesta dada a la pregunta: «¿Cree usted que a finales del presente siglo el equilibrio mundial de poderes favorecerá a los comunistas o a los occidentales?» Habíamos hecho la misma pregunta en años anteriores. Mientras que una minoría bastante significativa respondió en 1959 «los comunistas», en 1961 esta respuesta había perdido aceptación de forma muy notable (del 5 al 15 por 100) en los tres países. El cambio, digno de atención,

fué el aumento del número de respuestas que afirmaron en 1961 que el equilibrio mundial de poderes a finales de siglo no favorecería a «ninguna de las dos facciones de forma indiscutible» o que no expresaron convencimiento alguno.

Este es un descubrimiento de considerable interés si lo comparamos con las valoraciones que los dirigentes europeos hacen actualmente de la fuerza relativa de las diferentes naciones. A lo largo de los años habíamos pedido a los dirigentes europeos que hiciesen una clasificación de las principales naciones de acuerdo con su importancia. Nunca, desde 1956, habían dejado los Estados Unidos de ocupar el primer lugar (es obvio que vis a vis de la URSS) y por una gran mayoría. En 1961 seguía ocurriendo lo mismo: tres de cada cuatro interrogados de cada país consideraban a los Estados Unidos como la primera potencia mundial (con 10 por 100 de aumento sobre la votación francesa de 1959, diferencia incrementada por un 26 por 100 de descenso en los votos franceses que en 1959 consideraban a la U. R. S. S. como la primera potencia).

Por otra parte, cuando se les preguntó su opinión sobre una estimación del poder relativo de las naciones a finales de siglo, los dirigentes europeos mantuvieron una firme confianza en que los Estados Unidos seguirían ocupando el primer puesto. Mientras China conseguía indudables ventajas, Rusia no obtenía ninguna, y los Estados Unidos mantenían su posición relativa como primera potencia en la opinión de estos dirigentes europeos.

Si ésta es la visión del porvenir, entonces es obvio que los Estados Unidos ocupan una posición preponderante en la imagen política de la «élite» europea. Su visión de lo que será el mundo en la generación de sus nietos depende de su apreciación de que los Estados Unidos seguirán ocupando el lugar preeminente y que ellos—los europeos—se beneficiarán todavía de esta gran potencialidad americana. Ahora bien, el problema que se presenta es: ¿Cómo se adaptarán ellos a América? Es la nueva forma de pensar acerca de los Estados Unidos la que ha conducido a la revisión de perspectivas que aparecieron, por primera vez y de forma clara, en nuestra encuesta de 1961. Vamos a considerar ahora esta sorprendente reformulación de las actitudes europeas respecto a América.

PODER Y SENTIDO DE FINALIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS

Nuestra encuesta de 1961 tenía por objeto comprobar, lo más directamente posible, las actitudes respecto a la posición americana en los asuntos mundiales, con especial referencia a la seguridad colectiva. Por lo tanto, hicimos nuestras preguntas preocupándose más de su valor probativo que de su conveniencia, en cuanto a su posible falta de tacto. Un problema ampliamente discutido de las «élites» europeas desde que los soviets lanzaron su «sputnik» era el de si los Estados Unidos estarían dispuestos a «jugarse el pellejo» con objeto de mantener su garantía de la seguridad europea.

En consecuencia, nos enfrentamos directamente con este problema preguntando a las personalidades que integraban las tres listas a nuestra disposición: «Puesto que el continente norteamericano es más vulnerable ahora a un ataque directo, debido a las nuevas armas, ¿cree usted que los Estados Unidos están dispuestos a mantener su garantía de seguridad militar de la Europa occidental?» La respuesta afirmativa a esta pregunta fué contundente y sorprendente incluso para curtidos observadores de la opinión de la «élite» europea. En Gran Bretaña y Alemania, nueve de cada diez interrogados contestaron afirmativamente; siete de cada diez, en Francia, contestaron también en sentido afirmativo. Ni un solo alemán contestó negativamente y sólo lo hicieron seis ingleses y dieciocho franceses. Hubo relativamente pocas dudas a este respecto; incluso en Francia, donde solamente catorce interrogados se abstuvieron de responder (esto en comparación con el porcentaje bastante grande de dirigentes franceses que no tomaron una posición definida en las alternativas forzosas de la mayoría de las preguntas sobre el conjunto de problemas relacionados con la seguridad).

Puesto que tema eterno de discusión en Europa es que los Estados Unidos podrían encerrarse en el aislacionismo, en caso de encontrar oposición respecto a sus conceptos políticos básicos, preguntamos entonces: «¿Cree usted que la amenaza de las nuevas armas conducirá finalmente al nacimiento de una idea de «América-Fortaleza» en los Estados Unidos—es decir, un sistema de defensa basado en el continente americano más que un sistema de bases y alianzas de alcance mundial?» A esta pregunta una abrumadora mayoría, en cada país, respondió «no»: 87 por 100 en Alemania, 78 por 100 en Gran Bretaña y 54 por 100 en Francia.

Profundizamos más en este asunto preguntando: «¿Qué peligro representaría la idea de una «América-Fortaleza» para la seguridad a largo plazo de

su país?» En cada caso, de nuevo, una abrumadora mayoría consideró que tal idea sería «muy peligrosa», y la mayor parte de los restantes interrogados consideraron que sería «bastante peligrosa». Es sorprendente que ningún alemán y solamente diecinueve ingleses y ocho franceses considerasen que una «América-Fortaleza» «no sería peligrosa en absoluto» para su país.

Este nuevo reconocimiento y aceptación de la dependencia en los Estados Unidos para su propia seguridad ha llevado a una profunda reconsideración de problemas pasados, del presente y futuro en relación con la política americana. Por ejemplo, preguntamos: «Tomando tres de los factores que interrumpieron la acción militar en Suez—la oposición nacional, la reacción americana y la amenaza rusa del empleo de «rockets» (cohetes), ¿qué importancia otorgaría usted a cada uno?», Después de cinco años, volviendo la vista al incidente que más profundamente dividió a los principales aliados occidentales, una gran mayoría en los tres países—más de dos de cada tres interrogados—reconocieron que la «reacción americana» fué el factor más importante en la suspensión de la operación militar de Suez. Se atribuyó una importancia relativamente pequeña a la amenaza soviética e, indudablemente, se dió una mayor unanimidad en la opinión de que el único factor que influyó, además de la reacción americana, fué la oposición nacional en Gran Bretaña.

Profundizando más en el asunto, preguntamos entonces: «¿Cree usted que los americanos hubieran soportado la acción militar anglo-francesa sobre Suez?» En Alemania, país que no había intervenido directamente en el asunto, 88 por 100 contestaron que no. Incluso en Gran Bretaña, profundamente implicada, pero cuya actitud cambió a partir de 1956, una sólida mayoría del 56 por 100 respondió que no. Quizá el hallazgo más extraordinario es que en Francia, la más comprometida de las principales potencias europeas, una fuerte mayoría representada por el 41 por 100 respondió negativamente. Basándonos en estas respuestas, creemos que podemos formular ciertas nuevas hipótesis sobre la disposición de las «élites» europeas a reconocer el liderazgo de los Estados Unidos.

Tales hipótesis serían confirmadas por las respuestas dadas a preguntas concernientes a las iniciativas americanas en las actuales y futuras situaciones que comprometen o pudiesen comprometer la seguridad militar de Europa. Por ejemplo, durante el período inmediatamente anterior a nuestra encuesta de 1961, la opinión americana se hallaba profundamente preocupada por la cuestión de los vuelos de los aviones U-2 sobre la U. R. S. S. Este se había convertido casi en el problema más importante de la Administración Eisenhower—y de él se valió Iruschof para boicotear la «Conferencia cumbre»

de París de 1960, donde se reunieron nuestros más importantes aliados europeos. Ante esta situación de gran tirantez, la reacción de nuestros interrogados fué más bien sorprendente cuando, en enero-febrero de 1961, les hicimos la siguiente pregunta: «¿Considera usted los vuelos de los aviones americanos U-2 sobre territorio soviético como un acto de agresión?» Solamente en Gran Bretaña, donde una mayoría más extensa estaba dispuesta a considerar su propia acción en Suez como agresión, contestó afirmativamente el 55 por 100 (porcentaje compensado por un 43 por 100 que respondió negativamente). En Francia y Alemania, solamente uno de cada cinco interrogados se mostró dispuesto a considerar dichos vuelos como agresivos.

Un descubrimiento, verdaderamente instructivo, se nos ofreció, además, cuando profundizamos en este asunto inquiriendo: «Los americanos han proclamado que tales vuelos se hicieron necesarios a causa de la reserva soviética, lo que daba al área del telón de acero una peligrosa ventaja sobre el mundo libre. ¿Está usted de acuerdo con este punto de vista?» A esta pregunta, una sólida mayoría, en los tres países, respondió afirmativamente, en el sentido de que estos vuelos eran necesarios, posición adoptada por más de dos de cada tres interrogados ingleses y franceses y tres de cada cuatro alemanes.

Este nuevo sentido de aprobación de las iniciativas americanas se manifiesta—con un grado de confianza inexistente en otro tiempo entre las «élites» europeas—en problemas que pueden preformar el futuro. Son los problemas concernientes al desarme y la paz, problemas que Europa toma muy en serio, como veremos, y sobre los cuales sus puntos de vista no siempre han estado perfectamente de acuerdo con lo que para los dirigentes europeos es la política americana. Sin embargo, su aquiescencia a las exigencias del liderato americano apareció claramente cuando les presentamos una serie de preguntas en relación con las negociaciones en curso para el desarme.

Primeramente les preguntamos: «¿Qué camino hacia el control de armamentos considera usted con más probabilidad de producir resultados útiles: el acuerdo conjunto (definido por la propuesta de Jruschof, en las Naciones Unidas, de un desarme total) o el acceso «progresivo» a las negociaciones?» A este respecto las respuestas fueron abrumadoramente favorables a la posición estadounidense de negociaciones «progresivas»; en Gran Bretaña y Alemania nueve de cada diez de los interrogados que propugnaron una u otra solución, y la misma proporción en Francia, se mostraron partidarios de la idea americana. (El lector no debe olvidar que habitualmente la «élite» fran-

cesa rechaza toda pregunta que suponga una «elección forzosa», posiblemente como herencia de su fe en el propio cartesianismo.)

Cuando preguntamos: «¿Qué método de conducir las negociaciones sobre el control de armamentos considera usted más adecuado para llegar a resultados satisfactorios: negociaciones bilaterales entre América y Rusia, negociaciones multilaterales entre los dos bloques de potencias o negociaciones generalizadas dentro de las Naciones Unidas?» Para evaluar adecuadamente la nueva concepción europea del liderato americano—pues es éste un problema en el que cada país europeo tiene un interés nacional diferente e independiente—ningún dato en nuestro estudio podría ser más interesante que las respuestas dadas a esta pregunta. Debe considerarse profundamente por todos los americanos interesados hoy en el fin y límites de la iniciativa americana en el mundo, que en cada caso hubo más respuestas favorables a las negociaciones «bilaterales» entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. que a favor de negociaciones «multilaterales», negociaciones que otorgarían a sus propios países una intervención en las discusiones.

Interpretamos que esto significa nada menos que el reconocimiento, por el liderato europeo, de que los Estados Unidos son el garante responsable de la seguridad occidental y que, por tanto, a ellos corresponde tomar la iniciativa en todos los asuntos que tengan relación con la seguridad occidental. Esto se aclaró más todavía, con relación a futuras negociaciones, cuando preguntamos: «¿Puede considerarse justificada la insistencia americana en la sustentación de defensas contra un ataque sorpresa o le parece exagerada esta preocupación?» Más de dos de cada tres interrogados en cada país consideraron que el punto de vista americano estaba «justificado».

Entonces preguntamos a los dirigentes europeos: «¿Cree usted que un sistema efectivo de inspección mutua debe ser parte esencial de cualquier acuerdo durable sobre el control de armamentos?» La intransigencia americana a este respecto ha sido criticada por muchos americanos, y no digamos europeos, en los últimos años de negociaciones ginebrinas. Sin embargo, en 1961 los dirigentes europeos estaban dispuestos a dar su conformidad, aunque ésta fuese forzada y poco sincera, a la posición americana. Porque, en respuesta a esta pregunta, nueve de cada diez interrogados en cada país contestaron afirmativamente. Junto con sus puntos de vista sobre el incidente del U-2 y su apoyo en la insistencia americana de sustentación de defensas contra un ataque sorpresa, este abrumador respaldo a la insistencia americana en la inspección recíproca puede considerarse como una clara indicación de que

en asuntos de seguridad colectiva Europa seguirá la senda marcada por los Estados Unidos.

Sin embargo, la cuestión es: «¿A dónde conducirá ésta?» Un problema inmediato es: «¿Y respecto a la O. T. A. N.?» Un problema a largo plazo será: «¿Qué pretenderá el dirigismo americano?» Los supuestos de nuestra encuesta de 1961 se refieren, a su vez, a ambos importantísimos problemas.

IMPRESCINDIBILIDAD DE LA O. T. A. N.

Para apreciar adecuadamente los puntos de vista europeos acerca de la O. T. A. N. en 1961, en cuanto nexo institucional entre Europa y América, apuntamos que la O. T. A. N. ha sobrevivido de hecho a doce años de guerra fría; que estos doce años han mostrado abundantes crisis en todo el territorio garantizado por el Tratado de la O. T. A. N. (principalmente en Berlín); que, en realidad, la Unión Soviética ha sido efectivamente «contenida», en el sentido de que ningún avance soviético se ha realizado en parte alguna del territorio de la O. T. A. N. Aunque han existido conflictos y disensiones *dentro* de la O. T. A. N. a lo largo de los años—aunque, indudablemente, estas disensiones no han sido todavía resueltas de forma completa y definitiva—, la confianza en la O. T. A. N. reposa hoy en una importante serie de consecuencias.

Esta confianza básica mostróse claramente cuando pedimos a «las élites» europeas que evaluaran las diferentes comunidades en las que se realiza la vida internacional de la postguerra: Europea, Atlántica, Mundo Libre, Naciones Unidas y la hipotética Comunidad Mundial. Preguntamos cuál de estas comunidades consideraban como la «más deseable». En los tres países la mayoría de los interrogados designó a las Naciones Unidas y a la Comunidad Mundial. Sin embargo, cuando preguntamos cuál era la «más efectiva», en Gran Bretaña y Alemania, la mayoría de los votos fué favorable a la Comunidad Atlántica. Solamente entre los dirigentes franceses una mayoría designó a la Comunidad Europea como la «más efectiva», mencionando en segundo lugar a la Comunidad Atlántica.

Sin embargo, incluso en Francia, se respondió de una forma completamente diferente cuando les forzamos a establecer una comparación directa entre las organizaciones europeas existentes y la O. T. A. N.

Recordemos que la respuesta francesa cuando preguntamos: «¿Qué organización europea es, en su propio ámbito, más valiosa para su país que la

O. T. A. N?», solamente uno de cada cuatro franceses designó otra organización europea existente (incluso sólo el 20 por 100 mencionó el Mercado Común); un porcentaje igual dijo lisamente que «ninguna» era tan valiosa «en su propio ámbito» como la O. T. A. N. Cerca de la mitad dijo que las organizaciones europeas y la O. T. A. N. no podían compararse, o rehusaron hacer elección alguna. Mientras que se da una diferencia significativa entre la valoración francesa de las estructuras continental y atlántica en comparación con la inglesa y alemana—diferencia que examinaremos detalladamente en la sección siguiente de este capítulo—, es claro que los dirigentes franceses participan en el relativamente fuerte común sentir europeo de que la O. T. A. N. sigue siendo un instrumento indispensable de seguridad colectiva.

Indudablemente apareció una muestra de confianza en la O. T. A. N., bastante definida, cuando preguntamos: «En su actual organización, ¿es la OTAN lo suficientemente fuerte para «contener» a los rusos en los cinco próximos años?» A pesar de todas las dudas y dificultades con relación a la OTAN y que han sido aireadas en la prensa europea en los últimos cinco años, se dió a esta pregunta una respuesta firmemente positiva por uno de cada dos franceses, dos de cada tres ingleses y tres de cada cuatro alemanes. Esto es mucho más significativo si pensamos que los dirigentes europeos no creen que la O. T. A. N. pueda defender efectivamente a Europa occidental si los rusos se decidiesen a atacar. Preguntamos: «Si los rusos atacasen en los próximos cinco años, ¿sería la O. T. A. N., en su actual organización, lo suficientemente fuerte para defender a Occidente?» A esta pregunta la mayoría de las personalidades de los tres países contestaron negativamente. Solamente uno de cada tres ingleses y alemanes creían que la O. T. A. N. podría defender a Occidente y solamente uno de cada diez franceses pensaba lo mismo.

Sin embargo, existe un extendido optimismo respecto a que la O. T. A. N. mejorará su sistema defensivo. En 1961 este optimismo se centraba, en gran medida, en la posibilidad de incorporar el sistema de «Polaris» a las defensas de la O. T. A. N. Hemos realizado un detallado estudio de las actitudes europeas respecto a los «Polaris» y lo comentaremos más adelante. Aquí apuntamos simplemente que al ser preguntados sobre la posibilidad de que una O. T. A. N. armada con «Polaris» fuera capaz de defender Europa, se duplicó con creces la respuesta afirmativa en los tres países, e incluso se triplicaron en Francia.

Quizá la mejor indicación del cada vez más profundo cometido político atribuido a la O. T. A. N. sea el nuevo consenso respecto a una pregunta que hemos repetido a lo largo de los años al realizar nuestra encuesta: «¿Qué es

preferible, mantener la Alemania occidental incorporada a la O. T. A. N. o llegar a la realidad de una Alemania unida y neutral?» Los franceses, que todavía sufrían las desgraciadas consecuencias de la evolución de la C. E. D. a la U. E. O. a causa de sus esfuerzos por mantener a Alemania desarmada (ya mencionamos este problema en el capítulo primero), habían aprendido la lección con relativa prontitud. En 1959 se daba ya una sustancial unanimidad, entre los franceses, a favor de la idea de mantener a Alemania occidental en la O. T. A. N.; 70 por 100 de ellos optaron por esta fórmula en 1959, y la proporción se mantuvo estable en 1961.

En Gran Bretaña, donde la hostilidad hacia Alemania fué muy grande en la primera década de la postguerra, y donde subsistía un claro ambiente de recelo aun cuando el rencor nacional hubiese disminuído, esta pregunta dividió profundamente a las personalidades inglesas entrevistadas, incluso en 1959. En aquella encuesta la diferencia de opiniones fué tajante, votando la mitad de los interrogados por cada una de las dos posibilidades. En 1961, sin embargo, habían cambiado de opinión, reconociendo la necesidad de la OTAN y la importancia de incluir a Alemania en esta alianza: un significativo 60 por 100 de los interrogados ingleses optó por el mantenimiento de Alemania dentro de la O. T. A. N.

Ya hemos apuntado una mutación similar en la opinión de los dirigentes alemanes. En 1959 la mitad de ellos prefería una Alemania reunificada fuera de la O. T. A. N.; en 1961 se manifestó un cambio completo de opinión a este respecto. Más de la mitad de los interrogados alemanes optó por el mantenimiento de Alemania en la O. T. A. N., incluso a costa de que continuase la división en dos Alemanias—precio que hasta hace uno o dos años pocos dirigentes alemanes estaban dispuestos a aceptar públicamente. Creemos que es aquí donde ya se manifiesta la trascendencia de la designación de Willy Brandt por el partido social-demócrata.

Un aspecto de las profundas implicaciones que esto tiene para los europeos se manifiesta en su respuesta a la pregunta: «¿Es usted favorable a una posición firme respecto a Berlín?» Una importante mayoría—cerca de tres de cada cuatro interrogados—respondió afirmativamente en Gran Bretaña y Francia. En Alemania planeamos la pregunta de la siguiente forma: «¿Cree usted que Occidente está firmemente decidido a mantener el «statu quo» de Berlín?» De nuevo el 88 por 100 contestó que sí. Sin embargo, apareció una cierta acritud en la respuesta, radicalmente diferente, de los interrogados alemanes cuando les preguntamos: «¿Cree usted que el «statu quo» será realmente mantenido?» A este respecto las respuestas afirmativas

disminuyeron al 62 por 100—una disminución del 26 por 100 entre los dirigentes alemanes que creían que, aunque Occidente estuviese decidido a mantener el «statu quo», no sería capaz de realizar su propósito.

Cuando los dirigentes de una nación pueden admitir tales perspectivas pesimistas para problemas que revisten importancia para su interés nacional, y, sin embargo, permanecen firmemente unidos al sistema de seguridad colectiva que no siempre puede proporcionarles lo que desean, entonces se ha alcanzado un maduro compromiso político que permite considerar tanto los inconvenientes como las ventajas. Encontramos aquí una indicación del aumento de sentido de responsabilidad dentro de las naciones europeas y un nuevo sentido de corresponsabilidad entre ellas, lo que aclara la nueva escala de problemas con los que Europa y sus aliados atlánticos tendrán que enfrentarse en los próximos años.

LA NUEVA ESCALA DE PROBLEMAS

Podemos percibir mejor la nueva escala de problemas que preocupan a las naciones europeas con respecto a la Comunidad Atlántica si notamos que el compromiso con la O. T. A. N. ya no es un problema en sí mismo. Los dirigentes alemanes—una vez que la mayoría estuvo dispuesta a aceptar incluso la continuación de la división de Alemania como precio de su calidad de miembro de la O. T. A. N.—, están clara y firmemente sometidos. Indudablemente, en todo problema relacionado con la O. T. A. N. los alemanes—y de forma bastante uniforme—expresaron la mayor confianza en la política de la OTAN y en su capacidad, asignando un mayor valor a la O. T. A. N. en relación con todas las otras instituciones y manifestando la más profunda aceptación de la prioridad de la O. T. A. N. con relación a la política nacional alemana y a sus propias preferencias personales.

Los ingleses, que desde el comienzo de nuestra encuesta habían sido siempre el poder «atlántico» por excelencia, no han pretendido relajar sus obligaciones en la O. T. A. N., en relación con sus otros compromisos, revisten una forma significativamente diferente de la de las otras dos potencias europeas.

Es éste un conjunto de problemas que ha tomado un nuevo aspecto en la Europa de 1961—especialmente en relación con las concepciones opuestas en cuanto a la relación entre Europa y la O. T. A. N. Recordamos que mientras la mayoría de los interrogados ingleses y alemanes consideraba que

ninguna organización europea era «más importante en su propio ámbito» que la O. T. A. N., los entrevistados franceses no compartían esta opinión. Como hemos visto, mientras los franceses no preferían explícitamente ninguna institución europea a la O. T. A. N., una gran proporción de ellos no manifestó su opinión respecto a esta pregunta.

Probablemente, estas diferencias están enraizadas, menos en su diferente valoración de la O. T. A. N., que todos apoyan de forma clara, que en sus concepciones diversas sobre el papel que en el presente y en el futuro representará la Comunidad Económica Europea. En Francia y Alemania, el Mercado Común es simplemente esto—una asociación de comercio extraordinariamente próspera que está desarrollando un mercado interno gigantesco, que puede alcanzar a 300 millones de personas, con tarifas protectoras que regulan el flujo del comercio exterior y que, por consiguiente, se convierte en el fundamento de la prosperidad europea en el futuro. Esta es, indudablemente, una función muy importante—, pero es sólo una función económica.

Ni los ingleses ni los alemanes consideran que el Mercado Común tenga un potencial político en el más amplio sentido—por ejemplo, en un sentido más amplio que el control político necesario para poner en práctica sus decisiones económicas. En Alemania, es indudable, aproximadamente dos de cada tres interrogados contestaron afirmativamente cuando se les preguntó: «¿Cree usted que la República Federal, al participar en el Mercado Común, da prioridad a sus intereses políticos sobre los económicos?» Creemos que el significado de la respuesta es que muchos alemanes consideran que su país ha concedido a Francia ventajas políticas en el Mercado Común que exceden a las ventajas económicas que Alemania, en cuanto nación, pueda obtener. A su vez, los ingleses se oponen claramente a toda concepción del Mercado Común como comunidad política, ahora o en el futuro.

La cosa es completamente diferente en Francia. Desde la iniciación de la idea comunitaria por Jean Monnet y su grupo, la suprema estrategia ha consistido en desarrollar una serie de comunidades—primeramente económicas, luego militares, más tarde políticas—, comunidades que finalmente podrían desembocar en unos «Estados Unidos de Europa». Esta idea ha atraído grandemente a los franceses, incluso de diferentes tendencias políticas. Ha atraído a aquellos que, todavía dominados por un residuo de orgullo nacional, creen que es a través de la iniciativa en la formación de la gran comunidad europea como puede revigorizarse el liderazgo intelectual y político de Francia. También ha atraído a aquellos franceses firmemente comprometidos con la idea de considerar la supranacionalidad como algo deseable (aquellos

que creen que el concepto de Estado nacional es algo pasado de moda, que carece de actualidad y que unos Estados Unidos de Europa serían una institución más elevada, en el mundo de hoy, de lo que cualquier estado nacional puede esperar ser.

Para terminar con un tercer e importante aspecto (que no agota completamente la escala de «atracciones» de la idea europea), ha atraído también a aquellos que todavía piensan en términos de una «tercera fuerza». Para esta gente una comunidad europea que pudiera garantizar su propia defensa y, por lo tanto, hacer sentir en el mundo su impacto militar y económico lograría una vez más reconquistar el control de su propia política y sería capaz de resistir la imposición de decisiones tomadas en el Kremlin o en la Casa Blanca.

Estas son las opuestas perspectivas que salieron a la luz cuando preguntamos: «¿Supondrá la comunidad europea un contrapeso político para la URSS? ¿Para los Estados Unidos?» Los alemanes estaban firmemente convencidos de que supondría un «contrapeso» para la U. R. S. S. (82 por 100), pero les dominaba la duda respecto a que supusiera (o debiera suponer) un «contrapeso» para los Estados Unidos (23 por 100). Los ingleses se mostraron escépticos sobre el valor de «contrapeso» de la comunidad europea en ambos casos, pero mucho más seguros con respecto a los Estados Unidos (56 por 100) que con relación a la U. R. S. S. (51 por 100). Solamente los franceses dieron una fuerte mayoría de afirmaciones en ambos casos, percibiendo el «contrapeso» político tanto con relación a los Estados Unidos (60 por 100) como a la U. R. S. S. (69 por 100). Es revelador el hecho de que solamente un 18 por 100 en Francia dijo que «no representaría contrapeso alguno» para los Estados Unidos, mientras que el porcentaje de los que sustentaron la misma idea fué del 56 por 100 en Gran Bretaña y del 65 por 100 en Alemania.

Es esta idea de los dirigentes franceses la que causa una cierta inquietud sobre el futuro entre los que no comparten su opinión en los otros países. Esto se mostró cuando preguntamos: «¿Cuál de los principales aliados occidentales es más propenso, por su propia política, a estorbar el pleno desarrollo de una sólida política occidental en los asuntos mundiales?» En los tres países, incluyendo la misma Francia, y entre 1959 y 1961, ha aumentado el convencimiento de que la política francesa era aparentemente al que más serias dificultades pondría a la formación de una común política occidental. Mientras dos de cada tres franceses, en 1959, designaron a Gran Bretaña al responder a esta pregunta, en 1961 sólo lo hizo un 26 por 100 en Francia; la mayoría de este 35 por 100 que ya no señalaba acusadoramente a Gran

Bretaña respondió, de hecho, evasivamente (no designaron ningún país); pero la pequeña fracción que había acusado a Francia en 1959 se incrementó ahora en un 10 por 100 no desdeñable. Las respuestas francesas de 1961 mostraban que el 18 por 100 consideraba a Francia como la nación más «incómoda», porcentaje no muy inferior al 26 por 100 que continuaba designando a Gran Bretaña.

En Gran Bretaña, ya en 1959, una mayoría (52 por 100) había designado a Francia y una mayoría más importante (58 por 100) lo hizo en 1961. Una variación de igual sentido tuvo lugar en Alemania. Allí, en 1959, se había dado una cierta igualdad de opiniones: 37 por 100 habían designado a Gran Bretaña y 50 por 100 habían designado a Francia como fuente de dificultades en la formación de una sólida política occidental. En 1961 estos porcentajes habían cambiado radicalmente: ahora solamente un 11 por 100 designaba a Gran Bretaña mientras un inmenso 68 por 100 consideraba a Francia como la nación «más peligrosa» en este sentido.

Existe una intranquilidad que tiene su causa en las concepciones francesas sobre el posible valor y poder de la comunidad europea. Este desasosiego es estimulado por la política de «grandeza» de De Gaulle (aunque las actitudes mostradas por las personalidades francesas que integran nuestra lista de encuesta son frecuentemente muy diferentes de las que popularmente se atribuyen a De Gaulle). Esto es particularmente cierto con respecto al impacto de la política francesa en el sistema de seguridad occidental—es decir, la contraposición de una fuerza de disuasión nacional («force de frappe») a una O. T. A. N. equipada con Polaris, problema que examinaremos en el próximo capítulo; esto preocupa a la mayoría de los dirigentes ingleses y franceses, que consideran que la O. T. A. N. debe basarse en el poder de los Estados Unidos.

Llegamos a un segundo conjunto de problemas que se han formulado recientemente en la Europa de 1961. No sólo se preocupan los europeos por sus relaciones mutuas dentro del sistema de seguridad occidental, sino que también sienten preocupación por sus relaciones, dentro de este sistema, con los Estados Unidos. Este es un «nuevo» conjunto de problemas, porque nunca ha aparecido en la forma precisa en que ahora se presenta—y porque, por encima del convencional sentimiento «antiamericano», aparecen otros nuevos en este conjunto de problemas. Por el contrario, el antiamericanismo es una característica casi sin importancia en el conjunto de actitudes europeas del presente.

Hay, en cambio, como hemos visto más arriba, un profundo sentido de

responsabilidad con relación a América, una viva idea de interdependencia en el sistema atlántico y una clara disposición a aceptar las iniciativas y decisiones americanas sobre materias básicas de la política de coalición—como en las actitudes en boga respecto a Suez, respecto al incidente del U-2 y la buena voluntad en aceptar a América como portavoz en las negociaciones bilaterales con los rusos para el control de armamentos. Estamos viviendo ciertamente una nueva era en Europa cuando, presentándose la oportunidad de acusar a América, solamente 15 de más de 300 dirigentes europeos designan a los Estados Unidos como «aptos» para impedir el complejo desarrollo de una sólida política occidental. ¡Porcentaje inferior al de los interrogados que designaron a su propio país o a cualquier otro país europeo!

Esta aceptación del liderato americano es una consecuencia del nuevo y fuerte nexo de seguridad existente en Europa. Hemos examinado ya el conjunto de problemas respecto a los cuales los europeos demostraron gran confianza en que, a pesar de su propia vulnerabilidad a los cohetes soviéticos, los Estados Unidos mantendrían su garantía de la seguridad militar de la Europa occidental, en que no se retirarían de su sistema de seguridad colectiva para pensar en una «América-fortaleza» y en que ellos poseían no sólo la intención, sino la capacidad de contener a los rusos. Al final de esta serie de preguntas inquirimos: «En los próximos años, ¿es posible que Gran Bretaña (Francia) tomen una posición neutral entre el campo oriental y el occidental?» (Las respuestas en Alemania, donde la oposición al neutralismo ha sido siempre grande, no han sido compulsadas todavía en 1961.) En Francia, 78 por 100 de los interrogados contestaron negativamente a esta pregunta—cerca del doble de los que adoptaron esta actitud en 1956 y 1959—. En Gran Bretaña, una fuerte mayoría de 86 por 100 dijo «no», registrándose un aumento del 20 por 100 sobre los resultados de la anterior encuesta. Este sentimiento persistió cuando preguntamos a continuación: «¿Debería Gran Bretaña (Francia) hacerlo?» La opinión de que su país no debía adoptar una posición neutral fué sustentada por un 72 por 100 en Francia y por un 81 por 100 en Gran Bretaña.

La confianza en la seguridad colectiva del sistema atlántico, basada en el poder americano, se ha extendido profundamente entre todos los dirigentes europeos. Un nuevo conjunto de problemas hace su aparición a causa del deseo de los países europeos de representar un papel más importante en la dirección de este sistema. Sin desafiar el liderato americano, tratan de conseguir posiciones de mayor responsabilidad para ellos mismos. Una indicación de esta forma de pensar se manifiesta en sus respuestas a la pregunta: «¿Con-

¿Cree usted que una revisión de la Ley McMahon de los Estados Unidos—para permitir la comunicación de información y técnica atómicas—es necesaria para el desarrollo de una sólida política occidental?» En Alemania, generalmente, el país más deseoso de aceptar el liderazgo americano sin atenuaciones, solamente uno de cada tres interrogados dijo que sí. Pero el doble en Gran Bretaña y Francia—dos de cada tres—contestó afirmativamente a esta pregunta. Además, esperan que esta participación «nuclear» tendrá lugar en un corto plazo. Preguntamos a continuación: «¿Cree usted que tal revisión se realizará durante el nuevo Gobierno del presidente Kennedy?» Solamente uno de cada cinco alemanes respondió afirmativamente; pero nuevamente el doble de ingleses y franceses mantuvieron esta opinión.

Conviene no quitar importancia a esta conclusión considerándola simplemente el deseo natural de cualquier nación de «conseguir más» si es posible. Recordad nuestro previo hallazgo de que los dirigentes europeos están siempre preparados, en significativas mayorías, a que sus naciones «contribuyan de forma más importante» a los gastos de la defensa occidental. Para entender la lógica, más bien compleja, de la idea de seguridad europea, hicimos un detallado estudio de la actitud estimuladas por los grandes debates sobre los «Polaris» que tuvieron lugar en el otoño e invierno de 1961. Nuestro próximo capítulo trata de integrar los resultados de este estudio con las conclusiones ya mencionadas.

DANIEL LERNER.